

Solemnidad de Nuestra Señora de Guadalupe  
Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe  
La Crosse  
12 de diciembre de 2022

Zac 2, 14-17  
Jdt 13, 18bcde. 19  
Ap 11, 19a; 12, 1-6a.10ab  
Lc 1, 26-38

### Homilía

*Alabado sea Jesucristo, ahora y siempre. Amén.*

El relato oficial de las apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe, narrado al estudioso indígena Antonio Valeriano por el mensajero de Nuestra Señora y su buen amigo San Juan Diego, es extraordinariamente rico en expresiones de asombro ante el encuentro terrenal con la celestial Virgen Madre de Dios. La naturaleza misma fue transformada por la presencia de la gloriosa Virgen María, llenando la mente y el corazón de Juan Diego de santo asombro. Es el asombro del que escribe el profeta Zacarías: "¡Silencio, toda carne, delante de Yahveh, porque él se despierta de su santa Morada!"<sup>1</sup>

En el momento de la primera aparición cerca de la colina del Tepeyac, Juan Diego "escuchó cantar sobre el cerrito, era como el canto de muchas aves preciosas."<sup>2</sup> La belleza de los cantos de los pájaros era mucho mayor que la de "otras aves preciosas."<sup>3</sup> Juan Diego se preguntó:

“¿Por ventura soy digno, soy merecedor de lo que escucho? ¿Tal vez estoy sólo soñando? ¿Quizá solamente lo veo como entre sueños? ¿Dónde estoy? ¿Dónde me veo? ¿Acaso allá, donde dejaron dicho los ancianos, nuestros antepasados, nuestros abuelos: en la tierra de las flores, en la tierra del maíz, de nuestra carne, de nuestro sustento, acaso en la tierra celestial?”<sup>4</sup>

El asombro de Juan Diego no es ocioso ni insensato, pues el Cielo, en efecto, había venido a la tierra a través de la aparición de la Madre de Dios.

---

<sup>1</sup> Zac 2, 17.

<sup>2</sup> “Apéndice A, El Nican Mopohua,” in Carl Anderson y Monseñor Eduardo Chávez, *Nuestra Señora de Guadalupe. Madre de la civilización del amor* (México: Grijalbo, 2010), p. 212, n. 8. [NMEsp].

<sup>3</sup> NMEsp, p. 213, n. 8.

<sup>4</sup> NMEsp, p. 213, nn. 9-10.

Cuando Juan Diego ascendió a la colina por indicación de Nuestra Señora, "mucho le maravilló como Ella sobrepasaba toda admirable perfección y grandeza: su vestido resplandecía como el sol, tanto era lo que brillaba."<sup>5</sup> En un frío día de invierno, el áspero terreno del cerro del Tepeyac, también se transformó. Juan Diego declaró:

“Y las piedras y rocas sobre las que estaba, como que lanzaban rayos como de jades preciosos, relucían como joyas. Como resplandores del arco iris en la niebla reverberaba sobre la tierra. Y los mezquites y los nopales y las demás variadas yerbitas que allí se suelen dar, parecían como plumajes de quetzal, como turquesas aparecía su follaje, y su tronco, sus espinas, sus espinitas, relucían como oro.”<sup>6</sup>

La realidad del encuentro de Juan Diego con la gloriosa Virgen Madre de Dios había transformado la naturaleza misma, de modo que también ésta reflejaba la verdad divina que Santa María había venido a enseñar al hombre así cómo el amor divino que había venido a compartir con el hombre. Su aparición anticipó la visión apocalíptica del Apóstol San Juan, en la que ve "una mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas en la cabeza. Estaba encinta, y gritaba con los dolores de parto y las angustias de dar a luz "<sup>7</sup>

Igualmente, el 12 de diciembre siguiente, cuando la Virgen proporcionó a Juan Diego la señal que le había pedido el obispo Juan de Zumárraga, la naturaleza misma se transformó para reflejar la acción de la mano de Dios. La Virgen dijo a Juan Diego que subiera a lo alto de la colina, donde le daría flores para que se las llevara al Obispo como señal. Antonio Valeriano relata la extraordinaria experiencia de Juan Diego:

“Y luego Juan Diego subió al cerrito, y cuando llegó a la cumbre, mucho se maravilló de cuantas flores allí se extendían, tenían abiertas sus corolas, flores las más variadas, bellas y hermosas, como las de Castilla, no siendo aún su tiempo de darse porque era cuando arreciaba el hielo. Las flores estaban difundiendo un olor suavísimo, eran como perlas preciosas, como llenas de rocío de la noche. En seguida comenzó a cortarlas, las juntó todas, las puso en el hueco de su tilma. Por cierto que en la cumbre del cerrito no se daban ningunas flores, porque es pedregoso, hay abrojos, plantas con espinas, nopaleras, abundancia de mezquites. Y si acaso algunas hierbas pequeñas se solían dar, entonces era el mes de diciembre,

---

<sup>5</sup> NMEsp, p. 213, nn. 16-17.

<sup>6</sup> NMEsp, p. 213, nn. 18-21.

<sup>7</sup> Ap 12, 1-2.

todo lo come, lo echa a perder el hielo.”<sup>8</sup>

Finalmente, cuando Juan Diego llegó a la casa del Obispo para presentarle la maravillosa señal de abundantes y hermosas flores en el amargo frío del invierno, se produjo una transformación aún mayor de la naturaleza, para manifestar a lo largo de los años la verdad y el amor que nuestra Madre Celestial nos trae a la tierra.

Llevado a presencia del Obispo, Juan Diego le contó primero cómo la Virgen le había proporcionado la señal:

“Fui a acercarme a la cumbre del Cerrito, miré que ya era la Tierra florida. Allí habían brotado variadas flores, como las rosas de Castilla, de lo más fino que hay, llenas de rocío, esplendorosas; así luego las fui a cortar. Y Ella me dijo que de su parte te las diera, y que así yo probaría; para que tú vieras la señal que le pedías para realizar su venerable voluntad, y para que aparezca que es verdad mi palabra, mi mensaje. Aquí las tienes; hazme favor de recibirlas.”<sup>9</sup>

En el momento en que abrió su tilma para presentar las hermosas flores al Obispo, tuvo lugar una transformación aún más maravillosa.

De un modo milagroso, Dios imprimió, en manera en efecto humanamente inexplicable, la imagen de la Madre de Dios en la pobre tilma de tejido hecho de cactus de Juan Diego, para que Nuestra Señora quedara allí presente para todos los que, a lo largo de los años, décadas y siglos, aceptaran su invitación a peregrinar a Ella y para que Ella los condujera a su Divino Hijo. El relato dice así:

“Y luego extendió su blanca tilma, en cuyo hueco estaban las flores. Y al caer al suelo todas las variadas flores como las de Castilla, luego allí en su tilma se convirtió en señal, se apareció de repente la Amada Imagen de la Perfecta Virgen Santa María, Madre de Dios, en la forma y figura en que ahora está, en donde ahora es conservada en su amada casita, en su sagrada casita en el Tepeyácac, que se llama Guadalupe.”<sup>10</sup>

Al contemplar aquí la bellísima representación en mosaico de la imagen de Nuestra Señora, que es aún más bella y celestial en la propia tilma de San Juan Diego, llenémonos de asombro en ver cómo la Madre de Dios continúa aquí la obra celestial de sus apariciones en la colina

---

<sup>8</sup> NMEsp, p. 221, nn. 127-133.

<sup>9</sup> NMEsp, p. 223, nn. 176-180.

<sup>10</sup> NMEsp, pp. 223-24, nn. 181-184.

del Tepeyac, en este lugar sagrado para Ella, para su mensaje del amor misericordioso de Dios, para su Hijo, Dios Hijo Encarnado para nuestra salvación eterna.

Tal asombro debe ser nuestro hoy no menos que en 1531, pues Nuestra Señora de Guadalupe nos sigue invitando a acercarnos a Ella, para enseñarnos la verdad de la Encarnación Redentora de Dios Hijo, concebido en su seno por la sombra del Espíritu Santo, de manera a conducirnos al Amor Divino, encarnado por primera vez en sus entrañas. Este Santuario humildemente quiere continuar la misión de Nuestra Señora en el Cerro del Tepeyac. Se esfuerza por ser tan bello como sea posible humanamente, para constituir un digno instrumento de asombro en la mente y el corazón de los peregrinos y para propiciar – de ninguna manera, obstaculizar – que los peregrinos se encuentren con la Santísima Virgen y, a través de ella, se encuentren con Nuestro Señor, entregando sus corazones completamente a Él, siempre dejando reposar sus corazones en Su glorioso Corazón traspasado.

Vivimos tiempos increíblemente convulsos. Nuestra sociedad parece empeñada en destruirse a sí misma atacando sus propios cimientos: el amor del hombre y la mujer en el matrimonio que así cooperan con Dios en la generación de nueva vida humana, con amor fiel y duradero. Hay tanta oscuridad, el avance de comunismo ateo en tantos países del mundo, de una cultura de la mentira, de la violencia y de la muerte. La oscuridad ha entrado incluso en la Iglesia, nuestra santa Madre que es asaltada no sólo desde fuera sino también desde dentro, por los suyos, con una propia agenda de confusión, división y destrucción.

Es comprensible que experimentemos fuertes tentaciones de desánimo. Algunos incluso abandonan la Iglesia, dejando de confiar en Nuestro Señor y en su promesa de permanecer siempre con nosotros en su santa Iglesia. Pero nosotros hemos sido llamados a permanecer fieles a Nuestro Señor, a confiar en Él y a ser sus incansables "colaboradores en la verdad".<sup>11</sup> En nuestro horror ante tanta oscuridad en el mundo y en la Iglesia, no dejemos de maravillarnos ante los muchos signos del amor fiel y perdurable de Dios, como vemos en nuestra peregrinación al Santuario de Nuestra Señora: Cristo presente para nosotros en los Sacramentos, en la doctrina perenne e inmutable sobre la fe y la vida moral, en su gracia que actúa en nuestra vida cotidiana y en otras múltiples riquezas espirituales que nos pertenecen en el seno de la Iglesia. Esforcémonos siempre por imitar la confianza de Nuestra Señora en la promesa de salvación de Dios: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra".<sup>12</sup>

---

<sup>11</sup> 3 Jn 8.

<sup>12</sup> Lc 1, 38.

Instruidos y guiados por la Virgen de Guadalupe, entreguemos ahora nuestro corazón por entero al Corazón glorioso y traspasado de Jesús. De su Sacratísimo Corazón recibiremos la gracia de vivir en Él en todo momento y en todas las cosas, como la Virgen nos enseña y nos muestra en este lugar.

*Corazón de Jesús, formado por el Espíritu Santo en el seno de la Virgen Madre, ten piedad de nosotros.*

*Nuestra Señora de Guadalupe, Madre de América y Estrella de la Nueva Evangelización, ruega por nosotros.*

*San José, Protector de la Santa Iglesia, ruega por nosotros.*

*San Juan Diego, ruega por nosotros.*

*En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.*

Raymond Leo Cardenal BURKE